

El mentidero de la Villa de Madrid

Nº 696 – Viernes 18 de Noviembre de 2022

A morriña

Emilio Álvarez Frías

Do sé si será porque al acercarse las fechas navideñas –y todavía falta cinco semanas, más o menos– uno –al menos yo– va acumulando sobre sus espaldas esa morriña que atesoran nuestros paisanos de Galicia; o será por la tristeza de ver todo lo que sucede a nuestro alrededor sin encontrar la forma de poder liberarnos de tanta cochambre, tanta vulgaridad, tantos malos modos, tanto odio; o acaso la pena de comprobar cada día que no hay forma de que nuestros vecinos de toda España se den cuenta de cómo somos manejados con abuso y desprecio por los que tienen la potestad de controlar y manipular todos los artilugios de la nación que deberían servir para perfeccionar nuestro convivir, y, sin embargo, se aprovechan de ellos para confundir a jóvenes y mayores, a hombres y mujeres, a no pocos listos y a muchos un poco carentes de opiniones. ¿Acaso será por culpa del nuevo orden mundial? ¿Estará Pedro Sánchez brujuleando con alguno de sus mentores, como más de una vez se ha puesto de manifiesto en la prensa? Leamos más abajo lo que nos indica el académico Juan Díez Nicolás y con ello probablemente aclaremos en alguna medida nuestros nubarrones, pues dejarlo diáfano en su totalidad no lo considero posible.

La morriña nos puede dar por diferentes cosas, incluso lo que la hace más profunda por confusa es que venga por diferentes andurriales y, entonces, al sumar uno con otro, o con un tercero o cuarto, se puede convertir en melancolía, tristeza y entonces, esta mezclanza puede dar origen a una emoción más intensamente aversiva y negativa que nos lleve por senderos mucho más nocivos.

Recemos para que esto no se llegue a producir. Que la morriña que nos avasalla sea benigna, responda solo a la tristeza de las nubes de las que se ha vestido el cielo, de la saudade que aportan las fiestas navideñas, de los recuerdos que acompañan a esos días.

Aunque hemos que realizar otro rezo mucho más profundo en el que tenemos que meter de lleno al Todopoderoso porque se sale de todas las encomiendas diarias, pues, como podemos ver en cada calle, en cada comercio, en cada familia, en cada actuación de los políticos, en cada una de nuestras acciones personales, hay una certeza de que los caminos que sigue España no son buenos, no son los adecuados, no son los que se precisan para enderezar todo aquellos que se ha ido deteriorando durante los dos últimos años, no son los que llevan a la aniquilación de los nubarrones que producen la nostalgia.

Da grima ver cómo el presidente del Gobierno se lanza a intentar machacar a la oposición para no perder la silla sobre la que lleva una temporada cabalgando sin que termine de coger el ritmo del cuadrúpedo. Y con un descaro altanero y jactancioso pone a cabalgar a todo su personal, ya sean ministros –aunque algunos demuestran estar poco acostumbrados a montar estos ruanos, o acaso es que prefieren andar tranquilamente por el empedrado–, ya sean segundones que éstos se suben a lo que sea con tal de asaltar y usurpar cualquier serrallo. Y el sandunguero que disfruta de una España como si fuera su feria no tiene ningún escrúpulo en seguir apoderándose de toda mentira que le pueda resultar beneficiosa, insultando con cualquier desprecio a quienes demuestran

cada día que, con su serenidad, con sus conocimientos, tienen ofertas que pueden mejorar las desequilibradas decisiones que conducen al hundimiento del país, tanto en relación con aquello que es necesario e imprescindible para la subsistencia de la población, como referente a la calificación del conjunto humano que conforma la estructura de la nación, como las normas que han de formar a la juventud que es el futuro, promoviendo unas disposiciones delirantes que confunde a la población y van en contra de las leyes naturales, etc.

La melancolía de recordar lo que tuvimos y apenados vemos cómo se escapa, la morriña de pensar que todo se nos viene abajo, la desmoralización consiguiente, el agobio de ver cómo va faltando cada vez a más gente lo imprescindible, la consternación que conduce a la pena y el desconsuelo, la impotencia de ver que todo decae, incluido el desánimo personal... conducen a la hipocondría en la que puede entrar la nación, de lo que sería difícil escapar con la tropa que hoy dirige el cotarro. Habría que recurrir a quienes hoy hacen una oferta distinta para que lentamente, y con grandes sacrificios, y echando mano del quehacer de nuevas mesnadas que, seleccionando las armas con las que actuar, fueran capaces de levantar los pendones que durante la historia han sido capaces de hacer de España lo que la historia dice que fue en el pasado y lo que puede ser con la actualización de esos valores.

Pienso que la morriña se puede levantar con el solo hecho de borrar de la política española nombres como los que nos están gobernando en estos momentos. Algo así como cuando hace años los informadores de las condiciones meteorológicas de la Península nos anunciaban la venida del anticiclón de las Azores a normalizar la temperatura, lo que significaba que llegaba el buen tiempo.

Agobiados por la saudade no hemos tenido tiempo de visitar ni siquiera uno de los mentideros de la Villa de Madrid. Ello no nos impide preguntarnos si, entre todos, seremos capaces de conseguir los añorados buenos propósitos. Esa es nuestra misión. La de todos, pues a todos favorecerá.
